

231
Lek-38-

Querido Raúl:

No hace aun veinticuatro horas que puse al Correp la carta que anteayer te escribí, relatándote los tristes sucesos del lunes, cuando tomo la máquina para desahogar un poco el dolor que me embarga, haciéndolo llegar hasta tí. Porque al escribirte el Martes, sin mayores noticias sobre los hechos que las que hasta entonces se habían publicado, cuidando de hacer una atmósfera oscura que no permitiera vislumbrar bien la tragedia, no me había dado aun cabal cuenta sobre su magnitud. Sólo horas después, en la noche, cuando meditaba, como es mi costumbre, bajo la serenidad de un estrellado cielo, comprendí lo sucedido en su terrible verdad. Las lágrimas brotaron espontaneas a mis ojos y durante largo rato rodaron por mis mejillas; sentí arder en mis venas la sangre y la lengua se me trabó casi completamente. Sólo pude exclamar, dirigiéndome a mi padre, que se paseaba a mi lado, una triste frase que todavía vibra en mis oídos y seguirá vibrando hasta cuando: "Un crimen se ha cometido, y la Justicia clama contra él". No pude decir más; pero desde ese instante mi alma está angustiada, porque está siempre viendo al grupo de jóvenes acribillados a balazos. No hay afectación en mis palabras; a veces llego a vergonzarme de mi debilidad, pero le verdad es que he sufrido un golpe como ningun otro hasta la fecha, en mi ilusión sobre la vida y los hombres, y en mis sentimientos de Humanidad.

Si, Raúl: se ha cometido un crimen contra el cual clama la Justicia. Y quizás tu no lo conozcas, porque existe interés en ocultarlo; porque es crimen que avergüenza y llena de sangre de hermanos a sus autores; porque es crimen que estigmatiza. No es el crimen de un demente que mandó a un grupo de muchachos idealistas y valientes a la fatal aventura. ¡No!. Crimen es ese, y bastantes páginas le ha dedicado la corrompida prensa para que yo insista más sobre él, ni lo vuelva a condenar, después de haberlo hecho en ocasión anterior. No es tampoco la muerte del carabinero Salazar, dolorosa muerte, que se entrega a la viudez a una mujer y a la horfandad a tres chicos: también lo ha llorado la gran prensa, y yo con ella. Es otro crimen peor que ese: triste epílogo de una trágica jornada: es la muerte de sesentay tantos jóvenes, inmolados sin compasión sobre el altar de su Fe. Este es el grande crimen, el que se ha querido callar, el que merece la más indignada condenación de todo hombre que no sea una fiera o un chacal. No le ha dedicado la gran prensa ni dos columnas, ¡que digo! ni dos renglones!... Apenas si se colocaron los nombres de algunas de las víctimas, cuarentay ocho horas después de los hechos, sin dedicarles una palabra de pesar, una frase de dolor, un sólo tributo a su heroísmo. Y después: nada. Ni una palabra. Eran vidas jóvenes, tronchadas en la plenitud de su ilusión, y en lugar de colocar sobre sus tumbas una flor como todo hombre lo hace con su hermano, y aun con su enemigo, o al menos, de descubrirse ante sus restos, e inclinarse reverente, ha llegado la ruindad de esa prensa hasta insultarlos y vejarlos. Se ha revdicado en la sangre de los cadáveres aun humeantes, con furia y zaña, y ha habido un diario que los ha tratado de "bandidos del hampa". Lo menos que de ellos se ha dicho es que eran cobardes, y lesque eso han dicho han estado comodamente sentados, en cómodos asientos, lejos de las balas: quizá temblarían en una calle sin gente. Y aun en el Congreso no se ha elevado una sola voz de las Derechas para despedir a esos valientes, sino sólo se han oído gritos destemplanados de condenación para Ibañez y los suyos, a quienes se atribuye toda la culpa de los hechos. Ni aun Gumucio, ni Maza, ni los jovencitos conservadores. ¡Han podido en ellos más consideraciones del carácter electoral que el sentimiento de Humanidad, y la imagen de los muertos! ¡Pobre Patria la nuestra, gobernada por tales hombres, sin corazón!

No creas, por ningún motivo, que pretendo disminuir la Responsabilidad de González von Marés y demás inspiradores de este desabellado golpe. Están, por lo demás, en severas manos, y ten la seguridad de que sus jueces militares por la voluntad todopoderosa del gobierno-, no se caracterizarán por su blandeza. Sólo quiero hacertelo notar, si no lo has hecho ya, lo que se ha querido ocultar en los hechos del Lunes, y para mí, lo más grave: la sangrienta represión.

Setenta u ochenta jóvenes, de 18 a 26 años se apoderan de la Universidad y de la Caja de Seguros. Tienen, según se dice, ametralladoras, bombas y lanza bombas. Se parapetan allí bien, y esperan que los regimientos con los cuales confían vengán pronto en su socorro.

¿Y qué hacen con los rendidos? Están prisioneros: ¿Los llevarán a la Sección, o a un cuartel, para ponerlos a disposición de la Justicia? Así parece que pensaron hacerlos en un principio, pero alguien, cuyo nombre deberá saberse algún día, para eterno escarnio suyo, para que la Historia lo señale con caracteres estigmatizadores, para que purgue su infamia, tiene la idea luminosa de servirse de los prisioneros para intimar a rendirse a los otros, los de la Caja. Y así se hace. Pero los de la Caja no se rinden de inmediato. Entonces, se hace que los prisioneros sirvan de trinchera a soldados y carabineros en su ataque contra los rebeldes de la Caja. Para no matar a sus compañeros, descienden éstos del séptimo piso, elevando bandera blanca de rendición. Pero a uno se escapa un tiro del revolver, y la lucha se reanuda. (Son declaraciones de una chiquilla que trabaja en la Cjga, que fué testiga presencial de los hechos). Pelean quizá por cuanto tiempo, encarnizadamente. Los rebeldes dominan los pisos altos, y los carabineros deben ir ganando altura escalón por escalón. Pero se sirven, para cubrirse de las balas enemigas, y para que les separen los obstáculos, de los prisioneros. ¡Sadismo digno de las más ignominiosas crueldades! En una guerra, no se hace igual cosa: el prisionero es respetado.

Pero no es esto todo. Luchan hasta que los carabineros dominan. Estaban abajo y han debido subir y reducir a los sediciosos. Pues bien: en esa lucha, en que tenían todas las ventajas los muchachos, han muerto todos, y de los carabineros, sólo han quedado siete heridos. ¿Entiendes? ¿Cómo ha podido ocurrir tal cosa? Esto hace pensar que los han muerto fusilándolos, o en forma parecida.

Mas, como si esto fuera poco, sus nombres se caían durante cuarenta horas. Se les acarrea en furgones, a la Morgue, y ahí quedan, botados, en macabro espectáculo. Muchos están atravezados por una bala en el corazón: el rara la magnífica puntería: siempre al corazón. Pero hay otros que tienen más de una bala: hasta a 17 uno, según dice la Hora (supongo que no mentirá; no son estas cosas para mentir). Hay otros que han sido pasados a cuchilla. Es un hacinamiento espantoso de cadáveres terriblemente mutilados.

Pero allí has 65; cuatro están en el hospital, heridos; uno salvó ileso: ¿Y los demás? ¿Qué fue de ellos? ¿Dónde están? Hasta el momento, en un misterio. Y por los antecedentes existentes, eran más: una ochenta.

Debería bastar con esto; pero la cosa continúa. Debe enterrárseles sin ningún honor, y no pueden sus familiares hacerles honras fúnebres: De la Morgue al Cementerio Talvéz un rato a la Capilla, una misa, y bajo tierra. Todo acabó. Dos, que eran hermanos, fueron llevados a Valparaíso y allá pensaban sus padres hacerles honras. Fueron alumnos de los Páres Franceses, y en su capilla quiso velárseles. Pero la autoridad prohibió, y deberán ser enterrados mañana, a las seis de la mañana. A los funerales, existe un grupo de carabineros, que impida las manifestaciones de pesar.

Entre tanto, mi querido Raúl, el Presidente recibe Felicitaciones... Yo te pregunto: ¿Es esta democracia? ¿Es esta Libertad? ¿Es esta Humanidad?

xxx Ah, Raúl ! Triste es la respuesta que a estas preguntas puede darse después de lo ocurrido.

¡Pobres madres, Pobres Padres, pobres hermanas y hermanos, pobres hijos, pobres mujeres y novias!

Te abraza,